

## IX.

## El salvador.

Cuando se encontró Jacobo Merrey en la plaza del Carrousel, desaparecia el carruaje por el arco frente al rio.

Se lanzó en su seguimiento con la ligereza de que era capaz; pero al llegar al muelle, ya el coche entraba por el puente, deteniéndose en medio de él.

Eva bajó y fué directamente al parapeto.

Jacobo Merrey calculó que llegaría tarde para impedir se arroja-se al Sena.

Se deslizó por el declive y se encontró á la orilla del rio.

Una forma blanca se distinguía en el parapeto del puente.

Jacobo Merrey se quitó el frac y la corbata y adelantó hácia el rio.

De repente oyó un grito, un blanco fantasma cruzó por la sombra y resonó un golpe, y el agua se entreabrió y se volvió á cerrar.

Jacobo se lanzó cortando el agua al encuentro del cuerpo; desgraciadamente la noche era sombría, oscura, y el rio parecia tinta.

El nadador procuraba investigar con la vista, nada; pero el choque del agua le anunciaba no debía estar lejos el cuerpo de Eva.

Necesitaba respirar. Salió á flor de agua y vió una cosa blanca que se balanceaba á tres pasos de él y sobre la superficie.

Respiró y volvió á hundirse.

Sus manos se enredaron en el traje de Eva; la cogió; pero era preciso que pudiera sacar la cabeza para que respirase.

Sus cabellos flotaban, los asió, dió un vigoroso empuje con el pié, salió con ella á la superficie, abrió los ojos y vió las estrellas.

Eva, desmayada, completamente inerte, ni le ayudaba ni le entorpecía.

La corriente era muy rápida y les habia llevado á treinta pasos del puente.

Jacobo Merrey calculaba, que ayudado por la corriente podria ganar la orilla cortando el agua diagonalmente, cuando oyó gritar detrás de él:

—¡Eh! ¡El nadador!

Jacobo volvió la cabeza y vió una barca que se adelantaba hácia ellos.

Se sostuvo y sostuvo á Eva por encima del agua. Conducida la barca por la corriente, llegó hasta el alcance de su mano. Se afianzó en ella y puso á Eva en manos del barquero.

El hombre colocó á la jóven en el fondo de la barca, la tendió y la puso la cabeza un poco alta.

Despues ayudó á Jacobo á saltar á su vez.

Merrey se fijó entonces en que no tenian remos, sino solamente el achicador de variar el agua.

Con él habia dirigido la barca hasta la ahogada y su salvador.

El barquero era el cochero, quien viendo lo que pasaba habia bajado á la orilla, habia saltado en una lancha, quitándole la amarra; pero no encontrando remos, se sirvió del achicador.

Continuaron lo mismo, y dos ó tres minutos despues llegaron á tierra.

Tomaron á Eva entre los dos y la trasladaron desmayada hasta el puente, en donde, ayudado el cochero por Jacobo, subieron el ribazo y despues Merrey la tomó en sus brazos y la colocó en el carruaje.

El cochero preguntó las señas; Jacobo dió las de la fonda, y el carruaje salió á escape.

A la puerta se detuvo Jacobo, bajó, volvió á tomar en sus brazos á la jóven y sacó del bolsillo una moneda para recompensar al cochero; pero este separó la mano de Jacobo y le dijo:

—No se necesita; la señorita me pagó, y bien pagado.

Y se alejó al paso, y con direccion á la calle de Richelieu.

Jacobo subió rápidamente con Eva entre sus brazos y encontró la puerta de su cuarto como la había dejado.

Colocó á la jóven encima de una cama y se aseguró de que estaban suspendidas la respiracion y la circulacion de la sangre, la que no pudiendo penetrar en los vasos pulmonares, había refluído en las cavidades rectas del corazon.

Puso á Eva inclinada, y con un cuchillo abrió el vestido de arriba hasta abajo, dejando el busto descubierto, é inclinándola hácia el lado derecho la separó los dientes con el cuchillo.

Despues, temiendo que aquella agua helada de donde la había sacado impidiera que volviese el calor, puso á calentar un cobertor de lana, y mientras en el respaldo de un sillón se calentaba delante de la chimenea, acabó de quitar los vestidos que cubrían el cuerpo de la infeliz jóven.

Envuelta en un cobertor muy caliente, empezó entonces Jacobo á emplear medios más activos, es decir, á procurar la respiracion artificial.

Empezó por frotarle suavemente el pecho y el vientre, simulando el acto respiratorio.

Eva, sin dar signos positivos de existencia, empezó á arrojar parte del agua que había tragado.

Era una ventaja.

Jacobo preparó su estuche. Estaba decidido, si continuaba aquella inmovilidad y si la respiracion no se restablecía, á emplear el tubo *laringe-traqueal*, operacion desconocida en aquella época, pero que pensó usar en caso necesario.

Aplicó el oído á la region del corazón y pudo notar que continuaba contraído, y entonces redobló la presion respiratoria, lo que hizo arrojase Eva nueva cantidad de agua.

Visto esto, recurrió á los últimos medios indicados en la medicina, y los que había vacilado en emplear.

En aquel tiempo en que Chaussier no había inventado aun el tubo laringe, se empleaba la trasmision del aire por medio del aliento, es decir, uniendo á la boca del asfixiado otra boca para introducir aire en los pulmones.

Jacobo acercó sus labios á los de Eva; pero no queriendo trasmitirla aire cargado de ácido carbónico, aspiró lo que pudo de aire atmosférico, y uniendo su boca con la de la jóven, la apretó la nariz y sopló tres veces, no con gran fuerza, para que recobrasen los pulmones elasticidad.

Un ligero movimiento de Eva indicó que al trasmitirle Merey su aliento le trasmitía la vida.

El método que acababa de emplear, unido á la suprema prueba de amor que le había dado Eva buscando la muerte porque él la abandonaba, influyó en el ánimo del doctor.

La impresion nerviosa que le había hecho cruel, impulsándole á obrar con tanta severidad, se dulcificó poco á poco.

Su corazón se dilató suavemente, suspiró y se llenó de lágrimas.

Tomó en su boca una cucharada de agua de melisa, y apoyando de nuevo sus labios sobre los de Eva, destiló, dejó caer gota á gota aquel licor, que al encontrar en el esófago un pequeño obstáculo, provocó la tos: aquella tos indicaba que la vida empezaba de nuevo y que todavía tenía Eva agua que debía arrojar.

Jacobo inclinó la cabeza de Eva: el agua cayó al suelo.

Empezó de nuevo á trasmitirla su aliento, y no asegurariamos si entonces la ciencia del médico fué un pretexto para los deseos sensuales del amante.

De repente sintió Jacobo que la boca de Eva se animaba: hizo un movimiento para alejarse, pero los brazos de la jóven le rodearon y entendió estas palabras:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! te doy las gracias, nos has reunido en el cielo.

Eva se creía muerta precisamente al volver á la vida.

Merey se desasíó vivamente. Era más de lo que deseaba. Lejos estaba todavía del perdon, y á medida que recobraba Eva el conocimiento, recobraba Merey su dolor y su severidad.

Despues de haber pronunciado aquellas palabras, dejó Eva caer su cabeza, acometida por esa especie de sopor en que recaen todos los asfixiados, en particular cuando la asfixia es por el agua.

La tocó los piés, estaban frios; indicio de que la circulacion no estaba restablecida por completo.

Llamó. Una criada de la fonda se presentó. Jacobo ordenó que pusieran sábanas en la cama y que caldearan el lecho.

La doncella obedeció. Jacobo levantó á Eva; envuelta en el cobertor, la sentó delante del fuego, y la puso, como si fuera un niño, sobre sus rodillas.

Al sentir el calor de la chimenea abrió los ojos Eva; pero temiendo estar bajo la influencia de un sueño, ó que Jacobo la alejara de sí al verla recobrar los sentidos, los volvió á cerrar sin decir nada, abandonándose á la dulce sensacion de verse arrullada en los brazos del hombre á quien amaba.

Hecha la cama y caldeada, Jacobo colocó en ella á Eva, quitó la manta que la envolvía, extendió aquel hermoso cuerpo y separó los cabellos, que estaban mojados y que podian causarle una sensacion de frio.

Estremeciéndose convulsivamente, acarició con la mirada á la magnífica estatua, y no pudiendo contenerse, ahogándose y sintiendo que se le oprimia el corazon, la cubrió rápidamente, se arrojó en una butaca y oprimió su cabeza entre las manos, y medio colérico, medio conmovido, rompió en sollozos.

Al escuchar aquellos sollozos, Eva, que no dormía y que solo procuraba prolongar la situacion vaga en que se encontraba, se incorporó suavemente, tendió sus hermosos brazos hacia Merey, permaneció inmóvil por un momento como la estatua de la Plegaria, y no pudiendo continuar viendo aquel dolor profundo sin tomar parte en él, murmuró con voz apenas perceptible:

—¡Oh! ¡Jacobo! ¡Jacobo!

Aquellas dos palabras, aunque pronunciadas en voz muy baja, fueron á herir el corazon del doctor, el que se agitó en su asiento, avergonzándose de que hubieran sorprendido aquel ímpetu de enternecimiento.

Entonces Eva se fijó en que Jacobo no tenia ni corbata, ni levita: habia arrojado á orillas del Sena aquellos objetos, y no los volvió á recoger.

Preocupado con socorrer y salvar á Eva, no se ocupó de sí mismo, y tenia el mismo traje con que se habia precipitado en el agua.

Sus cabellos estaban pegados á las sienes, y la camisa humeaba sobre su cuerpo.

Eva lo comprendió todo.

—Jacobo, le dijo, escúchame: no te suplicaré mas por mí; pero sí por tí; por tí, cuya vida es mil veces más preciosa que la mia; por tí, que eres el apóstol de esa sublime religion, la humanidad, que tanto te he oido predicar: Jacobo, no permanezcas empapado en agua; he oido decir que se podia hallar la muerte de resultas de eso.

—¿Creeis que para mí seria la muerte un mal? preguntó Jacobo. Eva sacudió la cabeza.

—Habiéndome salvado la vida, añadió, no tienes derecho para morir, ni abandonarme, porque entonces, ¿para qué me salvaste la vida? Si deseabas morir, debias haber muerto conmigo cuando ambos nos encontrábamos entre las ondas heladas y sombrías. Me figuré esto en un principio, pues al sentirte te reconocí. ¿Quién podia, sino tú, sacrificarse por una infeliz criatura como yo? Todavía conservaba el conocimiento. Sí, tuve un instante la intencion de rodearte con mis brazos y arrastrarte conmigo á lo más profundo del rio.

Pero, mi Jacobo, pensé que tal vez me salvabas por humanidad, y que no deseabas morir. En aquel momento perdí el conocimiento, y todo desapareció. Me creía muerta. Todo lo ví negro, mejor dicho, no veia ni sentia nada. Aparte de un fuerte dolor en el corazon, lo demás me encontraba bien: la sensacion general era el frio: me sentia helada, y despues sentí en el pecho como lanzas de fuego; el corazon estallaba y sentia como una catarata interior que corria desde mi cerebro, y mi alma estaba suspendida de mis lábios.

Entonces me dije: me ama siempre, puesto que siento sus besos. ¡Ah! me equivocaba; no era un beso á la mujer adorada; ¡era un socorro á la ahogada!

¡Ah, mi Jacobo! ¡Ya he vuelto en mí, y yo te suplico me obedezcas! ¡Dios mio! Esto no es amor; si fueras un extraño haria lo mismo y te suplicaria.

Tú me has salvado por piedad, y puesto que no era un beso lo que me prodigabas; puesto que no vuelvo á la vida con mis manos entre las tuyas, y que me dices que no crees una desgracia morir, sino al contrario, un bien, es prueba que todo ha concluido entre nosotros.

¡Pero, Dios mio, en cambio de ese amor que te devuelvo ofré-ceme que no morirás!

Jacobo Merey no sollozaba ni suspiraba: derramaba silenciosas lágrimas, las que bañaban sus mejillas y causaban á Eva una profunda tristeza.

Jacobo llamó; subió un criado.

—Que enciendan la chimenea en la habitacion próxima, dijo, y llevad allí mis baules; la tomo para mí, y esta señora permanecerá en esta.

Cinco minutos despues le avisaron que estaba preparada.

Jacobo Merey salió, y comprendiendo la mirada suplicante que le dirigia Eva, y que le seguia hasta la puerta, la dijo:

—Volveré despues.

Eva respiró.

Pero cuando se cerró la puerta detrás de Jacobo, cuando se encontró sola, Eva alargó el brazo y tomó el vestido que Jacobo habia abierto con el cuchillo para desnudarla más pronto.

En el corpiño de aquel vestido habia ocultado la carta que Merey quiso quemar y que Eva le arrancó de las manos.

Temblaba que se hubiera perdido en los acontecimientos de aquella noche. La buscó ansiosamente entre los pliegues del vestido, del corsé, de la camisa.

De repente lanzó una exclamacion de júbilo: habia encontrado el bienaventurado papel.

Aquella muy amada carta que tantas veces habia leído Jacobo, que tantas veces habia besado y acariciado.

Algunos caractéres se habian borrado por haberse empapado en agua del Sena.

Era un recuerdo más; recuerdo terrible que habia que añadir á los muchos recuerdos que despertaba aquella carta.

## X.

El manuscrito.

Cuando se presentó Jacobo, despues de un cuarto de hora de ausencia, habia cambiado de traje y hasta de semblante.

Su rostro estaba triste, anunciando que, si no para siempre, á lo ménos por largo tiempo estaria cubierto por sombrías nubes; pero su fisonomía, que hacia algunas horas indicaba el odio y la amenaza, presentaba el aspecto de melancólica serenidad.

La jóven envolvió á Jacobo en una mirada ansiosa, inquieta; él fué el primero que tomó la palabra.

—Eva, dijo, Eva, vais á escribir á vuestra doncella para que mañana os envíe ropa blanca y vestidos. Yo me encargaré de hacerla llegar á sus manos.

Era la primera vez que la nombraba Eva desde su encuentro en el teatro; así es que la jóven se estremeció: al escuchar las palabras de Jacobo sacudió la cabeza.

—No, dijo, es la segunda vez que me salvais la vida: la primera, la de la inteligencia; la segunda, la del cuerpo; hoy como anteriormente me habeis encontrado desnuda. Deseo que, así ahora como entonces, como hace nueve años, seáis vos quien me vista: os aseguro que no saldrá muy caro. No necesito ropa fina, ni vestidos elegantes.

—¿Pero qué hareis de vuestra casa y de todo lo que encierra?

—Jacobo, vendereis la casa y lo que contiene, y empleareis el producto en buenas obras. ¿Recordais, amigo mio, que habeis dicho muchas veces que si fuérais rico deseariais construir un hospital en